

Las nuevas caras de la derecha

Enzo Traverso. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2018, 157 pp.

Este libro recoge una serie de conversaciones entre el historiador italiano Enzo Traverso y el antropólogo francés Régis Meyran en torno al desarrollo de nuevos partidos y movimientos de derecha nacionalista en Europa y Estados Unidos, así como al fundamentalismo islámico. Traverso se encuentra ante el desafío de analizar el campo heterogéneo de estas nuevas derechas, partiendo del instrumental conceptual que la historiografía y la teoría política del siglo xx desarrollaron para el estudio de los fascismos.

El argumento que estructura el libro parte de la constatación del advenimiento de una nueva época en que se han agotado las utopías y en la que se ha impuesto un modelo social y antropológico de reificación del mercado, el individualismo y la competencia. Este modelo, que despoja la política de proyectos y valores reduciéndola a su materialidad —gestión, gobernabilidad, distribución del poder—, se ha constituido en una verdadera «religión política» capaz de sustituir a las del siglo xx. Para designar este fenómeno, que coincide con el debilitamiento de las izquierdas tradicionales y sus partidos de masas de fuerte arraigo social, Traverso recurre a los conceptos de «postideología» e «impolítico». En este contexto, tanto las nuevas derechas islamófobas como el Estado Islámico (EI) aparecen como sucedáneos reaccionarios de las utopías desaparecidas.

Al analizar a las derechas islamófobas europeas la referencia a los fascismos históricos se le plantea como espontánea e ineludible, por lo que desarrolla su análisis a base de analogías con esos procesos, advirtiendo las limitaciones y los posibles equívocos que pueden presentarse. Considera que no puede identificarse a esas derechas como neofascistas pues, si bien tienen una matriz fascista, se han esforzado por emanciparse de ella. Por eso se inclina por el rótulo de *posfascistas*, una denominación transitoria para un fenómeno que también lo es. Esas derechas heterogéneas e ideológicamente contradictorias se han emancipado de la herencia del fascismo clásico, pero aún no han logrado la completa inserción y respetabilidad republicana que buscan; se mantienen en transformación por lo que han de ser consideradas como fenómenos aún no cristalizados.

Fascismos y posfascismos presentan una retórica nacionalista esencialista, defensora de una comunidad virtuosa y étnicamente pura que antagoniza

con fuerzas desnaturalizadoras de la nación, hoy representadas por la globalización, la Unión Europea, el establishment o el islam. Las posfascistas son derechas xenófobas pero distanciadas de los clichés racistas del siglo xx, y llegan incluso a legitimar su xenofobia en función de la defensa de sectores sometidos por los fascismos clásicos, como las mujeres y los homosexuales. Su nacionalismo se estructura en torno a la islamofobia que, de acuerdo al ejercicio comparativo de Traverso, cumple la función que en el siglo xx le cupo al antisemitismo. Hoy el musulmán como antes el judío constituye un estereotipo que designa mucho más que una filiación religiosa. Si bien estos rasgos acercan a los fascismos clásicos y los posfascismos, otros los distancian: estos últimos matizan sus rasgos más autoritarios y «subversivos» para insertarse en el juego republicano, abandonan la retórica revolucionaria que proponía una «tercera vía» y un «hombre nuevo», lo que les permite ser compatibles con un neoliberalismo y un rechazo al estatismo que se han naturalizado. Finalmente, Traverso identifica en los posfascismos rasgos populistas y personalistas que los asemejan a los fascismos del siglo xx, aunque reconoce grandes diferencias en tanto no implican una movilización de masas sino de individuos atomizados, propia del nuevo «régimen de historicidad» que caracteriza al siglo xx. La reflexión sobre este punto lo lleva a rechazar la identificación de estas nuevas derechas como «nacional-populismos», pues entiende que el populismo puede designar —como adjetivo— un estilo político, pero la categoría —como sustantivo— resulta poco útil para caracterizar movimientos o regímenes políticos, ya que descuida la dimensión ideológica y la distinción entre izquierdas y derechas.

El de los posfascismos es para Traverso un fenómeno transnacional, pero sus exponentes nacionales son muy heterogéneos: la matriz fascista es mucho más claramente identificable en el Frente Nacional (FN) de Marine Le Pen que en el gobierno de Donald Trump. De hecho, el caso del FN francés, que ocupa un lugar muy importante en el libro y al que se le reconoce una importante capacidad de influir en el resto de las derechas europeas, parece ser el que sostiene el argumento de Traverso. El FN encarna claramente la «transición incompleta» en que se encuentran los posfascismos. Su búsqueda de integrarse a la tradición republicana se explica por las propias contradicciones del orden republicano europeo, cuya génesis se dio en una «simbiosis» con el proceso colonialista. Las propias contradicciones del orden republicano, su matriz colonial, la creciente exclusión y guetización sistemática de las poblaciones inmigrantes y la insuficiente revisión

de sus políticas discriminatorias de memoria, explican la prosperidad del discurso islamófobo, que no constituye un cuerpo extraño a la república. De esta manera el laicismo, uno de los pilares del orden republicano, es usado hoy como un arma de exclusión íntimamente vinculada a la islamofobia.

La última parte del libro es dedicada a otro de los productos de la época posideológica, el fundamentalismo islámico del EI, cuya atracción entre los jóvenes se explica justamente por ser la única causa disponible. En este caso, las analogías con el fascismo resultan menos convincentes para Traverso: las similitudes que encuentra son mayormente superficiales y sus distancias mucho más notables. Por ello, recurrir de nuevo al concepto de posfascismos que aplica a las nuevas derechas occidentales implicaría una pérdida de valor heurístico. No obstante, reconoce algunos vínculos, pues, al igual que en el caso de los fascismos, la génesis del EI debe explicarse en el marco de sociedades traumatizadas y brutalizadas por la guerra. Se distancia así de explicaciones que refieren a la violencia connatural al islam y exculpan a las potencias occidentales. Por otra parte, rechaza la deriva interpretativa que se afilia al concepto de «islamofascismo» por sus implicaciones políticas: la reivindicación de una «lucha sagrada» contra el fundamentalismo, análoga a la de los años treinta contra el fascismo no hace sino encubrir la islamofobia.

Su lectura, basada en la idea de una era posideológica, plantea un horizonte pesimista. Al agotamiento de las utopías de izquierda tradicionales no le suceden condiciones sociales capaces de engendrar el florecimiento de nuevas izquierdas populistas que puedan disputar la retórica social e identitaria a los posfascismos desde otro lugar, generar nuevas utopías rompiendo el «yugo mental» que se ha impuesto tras la caída del socialismo real. Estas izquierdas populistas serían, según Traverso, una barrera efectiva para los posfascismos, con Syriza y Podemos como sus primeros emergentes.

Este libro de Traverso supone un interesante aporte a la búsqueda de nuevas categorías para emprender una historia política del tiempo presente. Su anclaje en un vocabulario propio de la historiografía sobre los fascismos tiene la fortaleza de situar el problema en el marco de un debate familiar en la disciplina, aunque su debilidad radica justamente en la imposibilidad de emanciparse de esos conceptos que demuestra insuficientes. La pretensión casi universal de sus argumentos y algunos paralelismos originales motivan la reflexión, pero también implican por momentos el riesgo del estiramiento conceptual y la simplificación de procesos complejos y heterogéneos.

Fernando Adrover
Universidad de la República